Enrique del Olmo

El ruido y las nueces

Es evidente que el volumen de ruido político y mediático confunde y obnubila la posibilidad de un análisis sereno y pausado de la situación política. El impresionismo de 24 horas de duración, los escándalos de dimensiones "históricas", la campaña de bulos y mentiras sin límite, el catastrofismo como horizonte de vida, es lo que marca nuestra pulsión cotidiana. ¿Cuántos queridos amigos llevan anunciando la caída de los gobiernos progresistas desde el primer día de su constitución?

Es obvio que la derecha y la ultraderecha han desatado una campaña sin límites contra el Gobierno y cualquiera de sus medidas. Pero a la vez también es obvio que la derecha, cada vez que es desalojada del gobierno, inicia un ritmo frenético intentando la demolición o "trituración" de cualquier gobierno de izquierdas; recientemente, con el aniversario de los atentados del 11-M, hemos asistido al recordatorio muy impactante sobre la actuación de la derecha y sus terminales mediáticos (el orden es lo de menos pues *tanto montan, montan tanto*) mediante una acción ignominiosa de falsedades conscientes y de ataques sin límites incluso a las mismas víctimas del atentado (cómo no recordar los insultos a Pilar Manjón en sede parlamentaria). Enric Juliana en su recientemente publicado *España, el pacto y la furia* reflejaba aquellos tiempos: "En 2006 se aceleraron los motores. Aquello era un no parar. Cadena de manifestaciones contra las negociaciones para acelerar el final de ETA, convocadas por la Asociación de Víctimas del Terrorismo presidida por el posteriormente senador de Vox Francisco Alcaraz. Manifestaciones duras en las que prevalecía la palabra: *¡Traición¡* 'Ahora la izquierda sabrá que la calle no es suya', declaraba Ana Botella". Concluía Juliana con una frase que tiene mucho parangón con la actualidad: "El país estaba relativamente tranquilo por *abajo* y era azuzado desde *arriba*". Pero más allá de que este sea un comportamiento incrustado en el genotipo de la derecha cañí, es algo absolutamente en sintonía con las tendencias generales de la derecha en todo el mundo: bulos, mentiras, insultos, construcción de un discurso apocalíptico impulsor del miedo, negador de la democracia y justificador de la barbarie.

¿Pero cuál es la razón específica para que en estos momentos la derecha se juegue todo a vida o muerte y despliegue todos sus medios para intentar hacer imposible la acción de gobierno. La razón de fondo, más allá de su trayectoria histórica ya señalada, es que los diversos gobiernos encabezados por Pedro Sánchez han sobrepasado levemente los límites en los que son tolerables los gobiernos de la izquierda para la derecha y el establishment : reconocimiento de la pluralidad de las nacionalidades, mejorar las relaciones laborales de los trabajadores, incremento de salarios y pensiones, coaligarse con la otra izquierda (Podemos y Sumar), acuerdos estables con los nacionalistas, imposiciones tributarias, aunque fuesen limitadas pero con mucho simbolismo (*nadie es intocable*) a los grandes poderes de la banca y las eléctricas… Tanto por razones externas (Pandemia COVID, guerra de Ucrania y genocidio en Gaza, crisis energética, límites de la globalización desregularizada) e internas (gobiernos de coalición, necesidad de un mensaje más de izquierdas, mayorías parlamentarias más complejas) el Gobierno ha tomado medidas necesarias pero

que se enfrentan más drásticamente que en otros tiempos a las políticas clásicas de la derecha: austeridad para la mayoría de la población, españolismo negacionista de la diversidad, reducción del Estado, fortalecimiento de las estructuras coorporativas y conservadoras de la Administración, transferencia de rentas del Estado hacia los más ricos y sobre todo incremento de los negocios de los amigos.

¿Supone esto que Pedro Sánchez ha puesto en cuestión el pacto de la transición? Es evidente que esto no es así, pues el PSOE sigue considerando intocables las piezas angulares de aquellos pactos: monarquía sobreprotegida, fuerzas armadas y cuerpos de seguridad (a pesar de la intolerable penetración de la extrema derecha), unidad nacional (ahora más atemperada) e incluso no se atreve con la armada judicial que la derecha ha enviado a primera línea de combate; la no modificación del sistema de elección del Consejo General del Poder Judicial es la muestra más palpable de la autolimitación del Gobierno en aspectos nodales de la calidad democrática. A esto podríamos añadirle temas como la transparencia, los retrasos en la transposición de la directiva sobre los alertadores de corrupción (mientras el PP/VOX desmonta todos los organismos independientes de control sobre la corrupción), el reglamento del Congreso y una necesaria reflexión sobre la relación con las autonomías. Nuestro país sigue estando a la cola en relación a las reformas institucionales que la realidad cambiante exigiría (el país con menos cambios constitucionales de todo nuestro entorno).

¿Pero qué pasa en la sociedad? Que existe una ola conservadora y reaccionaria a nivel europeo y mundial no se puede poner en duda. Que en España se ha producido un leve giro a la derecha en la sociedad, también se puede señalar, de hecho en la última encuesta del CIS sobre autoubicación ideologica, asistimos al momento en el que la media está más a la derecha, 5,08, y el tope se había alcanzado en el 2000 en la época del aznarato con 5,03. Lo que dispara más las alertas es el comportamiento de los varones de la Generación Z (entre 18 y 26 años) donde la ubicación se produce más a la derecha a la vez que las mujeres de esta misma generación se sitúan más a la izquierda que nunca (fenómeno repetido en todas las cohortes de edad). Una de las claves de estas evoluciones es la reacción al auge del feminismo. La encuesta de 40dB sobre la radiografia intergeneracional de la desigualdad de género nos señala algunas claves: se observa que el factor de género es el que abre una grieta en el posicionamiento de hombres y mujeres y donde la derecha y la fachoesfera hacen especial trabajo para segregar a un sector frente a los avances de las mujeres. Simplemente un dato general: a la pregunta *¿Hay demasiado machismo en la sociedad?* la respuesta intergeneracional en los grupos de edad Z (18-26 años), Millenial (27-42 años), X (43-58 años) y Baby Boomer (> 59 años) está claramente diferenciada entre géneros, pues entre las mujeres es afirmativa en los porcentajes 82%, 78,2%, 80,9% y 78,2% respectivamente mientras que en los hombres siempre es bastante inferior, llamando la atención el posicionamiento de los más jóvenes (Z) con un 35,2% que consideran que no hay demasiado machismo mientras que en los más mayores va creciendo el reconocimiento del machismo en las otras tres cohortes, con 53,5% (Millenial), 60,8% (X) y la más clara 66,0% en la Baby Boomer. Esta reacción ante el avance de la mujer y el feminismo es uno de los elementos claves de ese giro a la derecha en los varones; el otro es el denominado *efecto termómetro*, es decir, el péndulo político e ideológico que se produce cuando la identificación ideológica de un Gobierno se considera factor clave en problemas existentes que a partes de la sociedad les afectan negativamente. Sin embargo, es necesario, para ver el alcance de fondo de los procesos diferenciar entre identificación (donde se manifiesta la derechización) y actitudes ante fenómenos globales donde se manifiesta una tendencia contraria (el 96%

considera que la igualdad hace una sociedad más justa y el 87 % considera que se deben recriminar actitudes machistas de los amigos, de hecho solo el 6,7% del electorado de Vox considera que no hay machismo) Alertando seriamente del problema, el ruido no puede ocultarnos las nueces, la batalla cultural que la derecha y ultraderecha a través de todos sus medios (escuelas, iglesias, universidades, medios de comunicación, redes) dan para imponer su visión de la sociedad y del país, lo que hace que muchas veces confundamos el ruido (al que es necesario combatir) con la realidad.

Y sigamos viendo como está el país. El cuadro macroeconómico es razonablemente positivo como señala el Gobierno, frente al catastrofismo impostado de la oposición. Socialmente el país ha avanzado seriamente en temas como el mercado laboral, los salarios, el diálogo social, la regulación de las empresas (ejemplo la Ley Rider) y también en la defensa del sistema público de pensiones o el mantenimiento de la sanidad pública (a pesar de los problemas existentes). Sin embargo, hay temas en los que no se ha avanzado consecuentemente y donde al día de hoy podemos reflejar un claro impacto negativo: la *educación* es un caso flagrante: la sangría de recursos hacia la enseñanza privada y concertada (principal caladero de la reproducción cultural de la derecha) no ha cesado y donde el Gobierno mira para otro lado, con el argumento de la transferencia de competencias. Otro de los temas vitales es *la exclusión social*: 12,3 millones de personas en riesgo de pobreza, el 26% de la población, aunque se han reducido en 800.000 personas respecto al año anterior. Un cuarto de la población está excluida socialmente sin que a muchos les interese. El fracaso del Ingreso Mínimo Vital ha agravado la desvinculación al sistema de cientos de miles de personas que se encuentran frustradas y que no reciben la respuesta adecuada por parte del Estado, empujándoles hacia el discurso de rabia de la extrema derecha; es una alerta extremadamente peligrosa que entre los votantes de VOX (señalando que es menos del 10% del electorado) el 39,6% es clase media baja y en el 17,5 % de sus hogares no llegan a fin de mes. Un tercer tema, que concentra todas las contradicciones de la situación política y de la política gubernamental, es la vivienda. Situado como uno de los grandes problemas sociales que bloquea una calidad de vida adecuada, actúa como barrera insuperable para la emancipación, independencia y autonomía de los más jóvenes. La Ley de Vivienda enuncia la necesidad y el alcance del problema, pero las políticas no se aproximan ni de lejos a la búsqueda de soluciones viables. Ya hemos visto en las últimas semanas como la aplicación de un límite en los alquileres es burlada por todas las CCAA, menos en Cataluña; la presión de ASVAL (Asociación de Propietarios de Vivienda en Alquiler) presidida por el ex alcalde de Barcelona y ex ministro Joan Clos es más efectiva que las necesidades de la mayoría de la población. Vemos día a día cómo se produce una concentración de la propiedad inmobiliaria en los grandes fondos de inversión (Black Rock, Invesco, Schroeder, Jupiter…) sin que se ponga coto a estos comportamientos oligopolísticos que vacían de vecinos nuestras ciudades. Lo mismo frente a la plaga de los apartamentos turísticos, donde ni hay una legislación estatal efectiva ni los municipios (exceptuando la administración Colau en Barcelona que los redujo) toman medidas para parar esta sangría. Recientemente los geógrafos Julio Vinuesa y Jose María de la Riva señalaban que el gran problema de la vivienda era la pérdida del control de suelo por parte de las administraciones públicas, y ponían dos ejemplos meridianos, las Operaciones Chamartin y Campamento; también señalaban cómo en lugar de impulsar este control del suelo público se cedía a una línea de menor resistencia, los avales, los cuales "Por la naturaleza de la actuación y por los requisitos exigidos y la indeterminación de los ámbitos de aplicación los avales no van a favorecer a los hogares sino a los Bancos y los promotores inmobilia-

rios". Y aquí la izquierda del PSOE (Podemos/Sumar), que ha impulsado sin duda otra política de vivienda, no ha logrado pasar de unos enunciados atractivos a una política eficaz del Gobierno en su conjunto y donde el PSOE pueda superar el miedo a contrariar a la clase media aspiracional y a los poderes inmobiliarios, mostrando que el gran enemigo de la vivienda como derecho constitucional es la concentración de la propiedad en grandes grupos oligopólicos, tanto de suelo como de promoción de viviendas. Estamos ante un mercado que tiene que ser intervenido, como lo ha sido parcial y coyunturalmente el energético.

Frente a la sensación de excepcionalidad e incertidumbre con la que se quiere pintar la situación política, tenemos que afirmar que hay un importante camino por delante, el adelanto electoral en Cataluña ha supuesto un regalo para el Gobierno, sacando de agenda una negociación presupuestaria complicada y con mucho ruido, mezclada con la amnistía. El panorama se despeja. Una vez cubierto el intenso ciclo electoral (vascas, catalanas y europeas) donde la previsiones para la izquierda no son muy alentadoras, excepto para PSC y Bildu, se abre un periodo de dos años donde los Presupuestos de 2025 van a marcar el rumbo de los próximos hasta las próximas elecciones generales, con el aperitivo autonómico y local. En el campo político, más allá de subidas o bajadas coyunturales en las encuestas, el PSOE y Pedro Sánchez aparecen como un referente estable y principal bastión frente a la derecha y la reacción lo que le permitió formar gobierno en un escenario complicado y difícil, gobierno que es expresión positiva de una resistencia defensiva de la sociedad ante el alza de la derecha y la extrema derecha. Los sindicatos son también en estos momentos un importante dique de contención a la ola reaccionaria y al impulso de una política más profunda de reequilibrio social y de derechos. En el flanco izquierda se encuentra uno de los factores de mayor debilidad, Sumar no ha sustituido el empuje social que tuvo Podemos en otros tiempos, y el fracaso electoral en Galicia y la realización de su asamblea, más allá de los discursos y de los anhelos internos, refleja una importante debilidad con solo una participación de poco más del 10% de sus inscritos por más que se intente justificar en el marco de desafección política, como si no fuesen arte y parte de dicha desafección. Sus problemas para superar la regionalización de la política (cada uno defiende su feudo), para canalizar una resistencia social de la que se encuentran alejados y para proponer una política más consecuente de transformación estructural, son algunos de los retos que tienen por delante.

Vivimos unos momentos con débil respuesta social, la que se da es fragmentaria aunque sea intensa. Tiene además a veces un carácter contradictorio, como en el caso de las movilizaciones agrarias y otras que son extremadamente corporativas. Incluso temas como el genocidio de Gaza, que podría provocar una reacción social amplia por la sensibilización existente, se encuentra a veces atenazada por discusiones sobre temas no centrales ante la masacre del pueblo palestino.

Como señalaba recientemente Iván Redondo en La Vanguardia, pasado un ciclo electoral no muy alentador el Gobierno, su izquierda y las organizaciones cívicas y sociales tienen un camino más claro para combatir la ola reaccionaria con cuatro campos de actuación: acción gubernamental, acción parlamentaria, batalla cultural y movilización social. Todos se entrecruzan y a todos hay que prestarle atención.